

**CAPÍTULO I**  
**LAS PALABRAS MAPUCHES QUE DEFINEN**  
**“LO FEMENINO”: CUATRO APROXIMACIONES**  
**LINGÜÍSTICAS**

Hemos creído oportuno iniciar este libro con el análisis de cuatro palabras nativas ligadas esencialmente al ser femenino. La razón obedece, más que nada, a la búsqueda de antecedentes —en este caso lingüísticos y semánticos— para una correcta y profunda comprensión del rol que juega la mujer en el universo mapuche. Porque, en definitiva, todo lo no dicho y presente en forma implícita tras los temas del embarazo, el parto, la menstruación, los filtros amorosos, la puericultura, etc., es una forma de acceder a una sabiduría de la mujer, sabiduría que habría de quedar incompleta con la pura inclusión de los ritos iniciáticos, el saber gineco-obstétrico y sus prolongaciones en la práctica de la medicina tradicional. Porque, partiendo del significado de la propia nomenclatura mapuche para “mujer”, “esposa”, “soltera” y “virginidad”, se descubren las claves interpretativas óptimas y bajo su luz conceptual, se comprende aquel conjunto de prácticas que exceden, largamente, lo terapéutico.

## I. El arquetipo *domo*: la “mujer”

*Domo*: (también *zomo*): “mujer”, “lo femenino”. Literalmente *domo* significaría “el instrumento o medio por el cual se accede al ‘más’, a lo mayor”, “lugar donde hay excedente”, “donde hay más”, “el tiempo que canaliza la abundancia o un tipo de calidad mejor”, un “ser mayor”. Toda esta variada gama en matices que adopta la traducción literal, se ve legitimada por el carácter de las partículas componentes del lexema. Así tenemos que *do* procede del verbo *doin*, “exceder”, “haber más”, “ser mayor”; y del adverbio *doi* “más”. El sufijo *mo*, por su parte, es una preposición que se traduce “a causa de”, “donde hay”, “por causa de”, “por”, “para”, “de”, “el lugar por donde”, “el instrumento que canaliza” o “tiempo por medio del cual”. Habría que asumir entonces que lo femenino en la cultura mapuche representa el medio que dispone la naturaleza para acrecentarse y mejorarse a sí misma, una suerte de instrumento personalizador de la abundancia, la fecundidad y el poder de “ser más”. Esta funcionalidad de lo femenino habría que complementarla con la que aportan los mitos del origen de la mujer y con la tradición. En ellos, la mujer siempre sabe de modo intuitivo el propósito de su camino: aproximarse al hombre, que es una suerte de semilla prematura del cielo, para que éste encarne y materialice su misión divina (varón es *wentru*, vocablo que entronca y deriva de *wenu*, “cielo”). Ella es la que “despierta” al hombre, lo prueba y le exige perfección. Aquí, la mujer es cuenco que se adosa y envuelve al germen, proporciona células a la intención masculina, casa a la idea, materia al proyecto, tierra al cielo, hogar al espíritu, útero a la sabiduría.

## II. El arquetipo *Kure*: la “esposa”

*Kure*: (*kure*): La “esposa”. La probable etimología de *kure* habría que derivarla nuevamente de la asociación conceptual y lingüística, de sus dos fonemas constitutivos. *Ku* es una partícula bastante bien perfilada en el *mapudungun*, sobre todo cuando cumple la función de sílaba inicial. Denota concavidad o canal fecundo, canalización de la energía. Esta partícula aparece constituyendo otras tres palabras cuyo significado ayuda a comprender la notable función semántica en el vocablo *kure*. Aparece en *kuram*: “huevo”, *kutri*: “vagina”, *kudañ*: “testículo”. Es decir, todas las acepciones apuntan congruentes a lo mismo: *ku* dice relación con un hueco o canal que produce el germen o el fruto de la vida, cualidad que por excelencia se le asignaba preclaramente a la esposa, de acuerdo al matiz del sufijo *re*. Es decir, *ku* comporta la noción de una concavidad que teje, elabora, “construye” un “producto” de alta complejidad, que en términos físicos, es un nivel de organización superior propio del comportamiento energético. En ese hueco profundo, lo bajo simple pasa a ser lo alto complejo. Tal sería entonces, parte de la impresionante riqueza de lo que estaría contenido en el “ser mujer”. *Re* es un adverbio que indica pureza, ausencia de mezcla, “solamente”, “exclusivamente”. Por lo tanto vincular ambos sentidos en un mismo vocablo como *kure*, resulta una muy rica y sugestiva definición de lo que sería mujer-esposa en la cultura mapuche: “la que purifica o ennoblece la fecundidad o la canalización de la energía”, “la que de un modo exclusivo hace pura y fecunda la energía de la vida”.

### III. El arquetipo *Fütapura*: la “*doncella*”

*Fütapura*: (también *fütapüram*) S. “señorita”, “*doncella*”, “*mujer casadera*”. Adj. “*soltera*”. Desmontando la triple articulación del vocablo, aparece contenido al interior de él todo un perfil de la vocación femenina, una especie de “misión ontológica” de la mujer: *Füta*, es como bien sabemos “*gran marido*”, “*esposo de calidad divina*”, “*sabio, ancianoalto*”, ya que la voz participa del principal calificativo a la divinidad: *Füta Chao*, “*Gran-alto-esposo-Padre*”. El infijo *pür*, por su parte, es una forma lingüística del verbo *pürn*, “*teñir*”, “*el tomar la tinta en el paño*”, de donde deriva el adjetivo: *pür* “*teñido*”, “*teñida*”. Y finalmente el sufijo *a*, corresponde a un apócope del sustantivo *am*, “*alma*”. Aunque también puede conectarse con una contracción de la voz *ad*, que como adjetivo, significa “*armónica*”, “*bonita*”; “*de buen aspecto la faz*”.

Reuniendo de nuevo y reensamblando las partículas ya perfectamente perfiladas como unidades semánticas, autónomas, nos aparece una traducción más veraz y plena para “señorita”, *füta pür am*: “*la que aspira teñir su alma por un marido noble*”, “*la que desea entregar su alma para ser teñida por un hombre de grandeza divina*”, “*la que un marido de calidad teñirá con armonía y dejará bella su alma*”. Esta definición de la mujer soltera en edad de casarse hay que asumirla en el contexto de la importancia que la tradición mapuche daba a la primera relación sexual de la joven célibe. Las madres enseñaban y aconsejaban que el primer hombre para una mujer debía ser un *küme kona*, un “*buen guerrero*” porque en ella iba a quedar marcada la impronta de su energía, “el espíritu de su fuerza”, espíritu que podría ser de calidad superior o bien

corresponder a nada más que el bajo apetito de su animalidad no vigilada. Esto es lo que explica que muchas mujeres, a falta de varones con poder y calidad propios, optaran sin cuestionamiento por ser la cuarta o quinta esposa de un gran jefe, un *Füta longko*, toda vez que éste era garantía de una influencia masculina superior, que iría a teñir con calidad su virginal interioridad.

En consecuencia, no cualquier *wentru*, un mero “*varón*”, debía ser el consorte: se trataba de elegir a un *füta*, a un gran hombre, a un varón que haya realizado en sí mismo lo que significa la alta dignidad de la masculinidad. Porque esa misma fuerza, esa misma energía que demandó en el varón la perfección de sí, es la que se va a proyectar como semilla al interior de la mujer y se va a reproducir, inevitablemente, toda vez que ella es la tierra fecunda y germinadora por antonomasia.

Tenemos, entonces, que para esta alta cultura ancestral, el misterio ontológico de la mujer es dejarse penetrar para ser positivamente fecundada. Acoger y envolver el germen de la vida, de la acción, de la palabra-obra de la divinidad que operaría en su representante: el varón en cuanto *füta*. Su misión sería aportarle células a la semilla del hombre, darle cuerpo al espíritu, proporcionarle tierra al cielo. Su tarea primera será, por tanto, tener una actitud profundamente receptiva, desarrollar un imán interior para atraer y presentir la llegada del buen guerrero, el que aparecerá en su tálamo, en función de su selectividad innata y que le entregará la tinta indeleble que coloreará su alma. Así mismo, debe ser receptiva, porque su coronación máxima es permitirle la entrada a *lo otro* que la completa y la hace ir más allá de la “programación” natural de sí misma; receptiva a lo diferente para empezar su larga

tarea de evolución, de cambio, de autoperfeccionamiento, de agrandamiento. Y selectiva porque la calidad y magnitud de su avance va a estar directamente relacionada con la calidad y magnitud de la semilla que escoja albergar dentro de sí. El destino de su evolución posible se juega en su capacidad —sabiduría e intuición— de elección por lo alto y de selección del germen puro.

#### IV. El arquetipo *Kimwentrulan*: la “virgen”

*Kimwentrulan*: (también, *Quimhuentulanw*) S. “*Virgindad*”, “*estar virgen la mujer*”. Descomponiendo este arcaico vocablo tenemos que *kim*, de acuerdo a la praxis clásica del *mapudungun* que recoge el reputado lingüista Félix de Augusta, es el “*saber*”, “*conocer*”, “*sentir*”, “*adivinar*”; “*saber por presentimiento*”, capacidad cognoscitiva tan connatural a la percepción femenina. *Wentru* es “*hombre*”, “*varón*”, mientras que *lan* es la voz para designar la “*muerte*” o el “*eclipse*”, fenómeno que se interpreta como una “*muerte de la luz*”, lo mismo que el acabarse de la vida. Por lo tanto, virginidad diría relación con el oscurecimiento (casi siempre temporal) del saber, con la muerte del conocimiento, el velamiento de la luz del varón, el estado de la mujer, en el cual aún le está negada y velada la sabiduría masculina que le aportará su primer hombre. Pero esta es una de las posibles interpretaciones para la virginidad, que se puede esquematizar en la fórmula “tener dentro muerto el saber del varón”, es decir, incapacidad para sentirlo. Al estar tan estrechamente asociados estos tres conceptos, la palabra se puede traducir al menos de otras dos o tres formas igualmente válidas.

A saber:

- a) Una mujer es virgen cuando el varón no ha destruido en ella el conocimiento ni su capacidad para saber o intuir. Aunque físicamente ya haya sido iniciada en la sexualidad, si ese eclipse de la luz de la sabiduría no se ha producido, ella seguirá siendo virgen. Y todo varón que proporcione a una mujer no virgen —como sería el caso de una prostituta— la oportunidad de enriquecerla con el conocimiento, le devuelve la pureza y la virginidad.
- b) Virgen es la mujer que no ha dado muerte, ella misma, en su interior, a la sabiduría o el aprendizaje del varón (el sufijo *lan* tiene también la connotación de la partícula negativa), ya sea aquella que el propio varón le ha sembrado en el acto sexual, como la adquirida y fomentada por la cultura y la naturaleza del medio que la rodea.
- c) Una tercera versión posible a la traducción con fundamento etimológico de la voz *kimwentrulan*, dice relación con la aspiración femenina del *fütangen*; es decir, la del matrimonio con un “*gran y noble hombre*”. Virgen es la mujer que sí ha sabido dar muerte al *wentru*, al mero “*hombre*” o simple varón, para dejar paso al saber luminoso e intuitivo del *füta*, el verdadero y sabio esposo que la eleva.

Con todo, queda en pie que la virginidad femenina —para la concepción mapuche arcaica— era una actitud vital positiva, negativa o neutra en directa relación al

grado de receptividad otorgado a la sabiduría masculina, si es que esta se manifiesta. No decía relación con la pérdida o muerte de algo biológico en ella, condición que se refuerza con la voz *kimwentrún*, una de las muchas palabras para designar el acto sexual: “el conocimiento, el saber del hombre” que implícitamente incluye el concepto de que una mujer que no ha tenido unión física, es de algún modo incompleta, “no sabe”, permanece sellada a la sabiduría del cielo. Pero tampoco la pureza, la elevación, la auténtica virginidad se alcanzaría por el sólo hecho de haber “conocido hombre”, a través del sexo, algo tan propio de cualquier hembra animal, sino que se trata más bien de saber dejar penetrar la luz esponsal y noble de un *fita*. Y esto no está escrito en las pautas del instinto de la mujer. Será, por lo tanto, su gran tarea y su mejor desafío consciente.